

EL SUEÑO DE FÁTIMA

La preocupación del Pretor romano aumentaba á medida que las masas vocingleras del azulado pueblo judío se iban estacionando en las puertas del Pretorio. El temperamento de Pilato era enérgico, duro y casi cruel, cuando se trataba de alteración de orden, rehuendo cuanto se opusiera al más estricto cumplimiento de los preceptos y leyes romanas que él en Jerusalén representaba y estaba encargado de hacer cumplir. Por eso, pues, ha maravillado y sigue extrañando su actitud conciliadora entre Jesús y los judíos; y, aún si se quiere, más que conciliadora, interesada, en pro del Mártir del Gólgota.

Obedecía, según unos, á la actitud digna, simpática y tranquila de Jesús, al serle presentado; según opinan otros, el estado de ánimo de Poncio era á consecuencia del miedo. El miedo á los suyos, el miedo al pueblo sanguinario y el miedo al mismo, á quien pudiendo amenguar sufrimientos, con sólo aprobar la sentencia de muerte que sobre él pesaba, no le hacía matar, y estando en su mano el salvarles no lo libertaba.

Que todas las potencias de su alma estuviesen, en aquellos momentos, prescindiendo de su carácter y temperamento, sujetas á una labor colosal; que se encontrasen como atrofiadas, en fuerza del repetido mar-

tille de encontrados sentimientos; que el corazón se rebelase contra la infamia que se le exigía, condenando á un inocente; que la conciencia, aunque fuese de conquistador, rechazase las criminales exigencias de los Pontífices y sacerdotes judíos; que el orgullo del vencedor y del vencedor romano se alzase, y que la conciencia y tal vez el temor le obligaran á pasar, á medias, por lo que no quería, es muy posible. Pero lo cierto, lo positivo, lo seguro, y ello es algo más que tradición cristiana, es que si Pilato no firmó la sentencia redactada por Anás contra Jesús y presentada por Caifás, fué porque llenaban todo su cerebro, ocupaban toda su conciencia y oprimían su corazón las palabras que su esposa Fátima le había dicho, relativas al Nazareno, aquella madrugada.

La hermosa matrona había visto, en sueños, á Jesús que se le acercaba entre aureolas de luz celestial; siendo tan grande y tan dulcemente grata la impresión que le causaba la presencia de Jesús que, á partir de aquel instante, fué creyente. Completamente desvelada, saltó del lecho y esperó ocasión de poder comunicar á su esposo la aparición y sus sentimientos, previniéndole, de paso, para cuanto pudieran intentar los judíos contra el dulce Nazareno.

JOSÉ ECHENA



JESÚS EN EL CALVARIO

Fot. J. Laurent y C.^a (Madrid).

Y tan luego los gritos de las turbas que conducían á su víctima ante Pilato llegaron á oídos de Fátima, ésta penetró precipitadamente en la habitación de su esposo gritando con desaliento:

—¿Oyes, oyes? ¡Ya vienen...! ¡Ya se acercan, sedientos de la sangre del inocente...!

Asombrado Pilato, no pudo menos de interrumpir á su esposa, al propio tiempo que con tierna solicitud intentó hacerla sentar junto á sí:

—¿Qué es eso? Esa exaltación me hace temer... ¿Estás enferma?

—Sí, enferma y muy enferma: pero tú, con una sola palabra, puedes curarme.

—Vamos, tranquilízate y dime de qué se trata.

—¿No lo has adivinado? Se trata de defender, contra la furia de los judíos, la víctima inocente que pretenden inmolarse. Se trata de que tú no accedas á sus preteniones, de que no secundes sus propósitos inicuos.

—Bueno, bueno... Cálmate, procuraré dejarte complacida...

—Sí, sí; hazlo, si en algo tienes mi amor... ¡Tú no le has visto!

—prosigue con calor la hermosa matrona. — ¡Tú no has experimentado los efectos de su mirada, que llevan al alma dulzuras indecibles! ¡Tú no has escuchado su palabra persuasiva... santa! ¡Tú no has podido apreciar su doctrina, esa doctrina niveladora, justa, como emanada de Aquel único y solo Dios...

—¡Fátima!—interrumpió Pilato.

—No te asombre; digo lo que siento... Y tú pensarás como yo, si me escuchas...

—No; no puedo, déjame; el pueblo se impacienta y no quisiera tener que recurrir á violencias que tanto me repugnan.

—¿No quieres escucharme?

—No puedo...

—Ve, pues; pero ofrece antes á tu esposa, á tu amada Fátima, que no condenarás á Jesús; que no pondrás tu firma autorizando la injusta sentencia.

—¡Mujer...! ¡mujer!

—Prométele, Poncio, te lo ruego; de esta manera evitarás que la sangre de ese justo caiga sobre nuestras conciencias...

Pilato salió dispuesto á satisfacer los deseos de su esposa; y ya es sabido que apeló á todos los medios y á todo su imperio para salvar á Jesús.

No lo logró, porque no podía lograrlo.

La crucifixión tuvo lugar, cumpliéndose, con ello, lo dispuesto en las Sagradas Escrituras. El último suspiro de Jesús había de ahuyentar las tinieblas, salvando al mundo con la luz progresiva de su doctrina... ¡y lo salvó!

R. B. GIRÓN

INMORTALES AMERICANAS

CLOTILDE URIOSTE DE ARGANDOÑA

PRINCESA DE LA GLORIETA

Entre oleadas de sol y ambiente de aromas, está envuelto el arquitectónico y hermoso edificio de moderna construcción; entre dos altos cerros descuella majestuosamente en los raudales apacibles y cristalinos de un riachuelo, arteria fertilizadora de las hermosas huertas, que son vergel risueño y florido, en las cercanías de Sucre.

Lujosas quintas, como la Florida y el Recreo, osténtanse galanas componiendo fragante ramillete, cuyo hermoso florón es la Glorieta. Los férricos paisajes, las campiñas matizadas de florecillas y de espléndido verdor, recrean la vista y prestan reposo y solaz al abatido espíritu. Es un selecto jardín aquel lugar donde se levanta el hospitalario Asilo de «Santa Clotilde», donde la mano generosa de una mujer ha derramado todos los dones, ha prodigado las exuberancias de su inteligencia y de su fortuna en favor de los pequeñuelos que, sin nada, sin pan y sin albergue, tendían sus manos implorando el óbolo de la caridad. Allí encuentran

los pobres desheredados el amor y el alimento material é intelectual. Allí, las hermanas sublimes y cariñosas, brindan sus cuidados á la infancia y sus alientos para el porvenir de los rapazueros, creando ciudadanos útiles y futura generación de esposas y de madres; ellas también siembran en los juveniles corazones las grandes virtudes, inspirándoles el amor al trabajo en todas las esferas del saber humano.

El Hospicio de «Santa Clotilde» es no sólo orgullo de la ciudad de Sucre, sino honra y prez de la patria boliviana, que cuenta entre sus hijas esclarecidas á la insigne filántropa que albergó en su mente un ideal bellísimo, y que ha sabido llevarlo á terreno práctico, desarrollándolo con espléndida magnitud.

El oro ha sido, en las manos de la noble matrona, el auxiliar poderoso no para manifestaciones de frívola ostentación, no para saños y festines, ni para envolver en raso y blondas la seductora belleza de la mujer; pero sí ha servido de hermosa palanca para levantar un santuario á la pobreza y á la horfandad.

Las altas serranías de la cordillera oriental andina se extienden y dilatan por el horizonte; el conjunto es por extremo pintoresco, y las nieves perpetuas prestan al cuadro un todo de hermosura sin par.

Honor y grande resulta para una mujer el anidar en su alma una alteza de sentimientos que se apartan por completo de lo vulgar; sobre todo porque cumplen la más augusta, la más noble, la más digna y hermosa de las virtudes: la caridad.

Le tocó en suerte á Clotilde Urioste de Argandoña, enjugar el llanto del desvalído; disminuir y endulzar sus escaseces; socorrer el infortunio del huérfano y convertir en plácida sonrisa su angustia y su desesperación.

Gracias al Asilo fundado por la compañera del millonario don Francisco Argandoña, no aparecerá la miseria en Sucre, tan sombría y tan desgarradora; gracias, repetimos, á esa entidad femenina boliviana cuentan los desamparados con un abrigo y con un futuro menos triste y desconsolador.

La extensión del edificio es considerable y su construcción acusa diferentes estilos arquitectónicos; el lujo brilla en los salones, en la hermosísima capilla donde la mano del artista ha grabado el sello de su talento en relieves admirables y gallardas demostraciones del arte decorativo.

Puede decirse que los detalles del cuadro y el marco suntuoso, se completan admirablemente, inspirando admiración y algo de sublime y elevado que suspende el ánimo y lo levanta hasta las regiones celestiales á la par que aleja de la imaginación la pequeña terrestre y las vulgaridades humanas.

Hay, en el que pudiéramos llamar palacio, un observatorio, desde donde se disfruta de un panorama prodigioso, reposando la mirada en el parque y jardines que son el complemento de la mansión señorial, donde la hidalguía, la bondad y la belleza tienen su altar.

Vive en Roma, en histórico palacio, un venerado y venerable anciano, modelo de virtudes y portento de sabiduría, augusto patriarca del siglo décimo nono; personificación del cristianismo y esclarecido adalid de los más santos y sagrados predomínios.

Posee el privilegio de un rectísimo criterio, que le hace simpatizar con todo lo grande, lo perfecto y lo bello; juzgó la fundación de «Santa Clotilde» bajo su verdadero punto de vista; admiró la creación protectora para los desventurados; quiso festonear con un perfil la cúpula del

edificio, con una diadema de príncipe que inmortalizara el recuerdo de la insigne fundadora de la Glorieta y del caballeresco consorte.

En país republicano, parecerá planta exótica un título, pero no lo es, considerado como galardón, como recompensa á obra tan meritoria y de tan trascendentales consecuencias.

El Papa León XIII ha deseado sin duda coronar con un nimbo de luz, á la mujer honra de su patria y de su sexo que ha interpretado magistralmente un pensamiento de incommensurable vuelo. El Papa León XIII ha juzgado que hay seres que al escalar la inmortalidad se agitan en espacios superiores y se confunden con lo infinito, desdendiendo preocupaciones ajenas á toda idea levantada y sublime.

La caridad, es como la historia; la evocación de lo heroico, de lo útil y de todo lo más hermoso que existe en la creación.

La idea soberana encarnada en los institutos, en los asilos, en los hospitales y en las casas de expósitos.

Clotilde Urioste de Argandoña, princesa de la Glorieta, es uno de estos seres que desde su infancia ha vivido en un centro de cariño, de paz y de bienestar, bajo el sano influjo que ejercía en la niña la placidez del hogar doméstico.

Desarrolláronse en ella los impulsos benéficos, y tal vez, allá, en sus sueños infantiles, vióse rodeada de niños llorosos y harapientos que imploraban su misericordia.

Tal vez, en su precoz imaginación tomó carta de naturaleza la idea de ser protectora de los infelices y de emplear en ellos las pingües rentas que hoy posee. Crecieron sus gracias al par que sus virtudes y su singularísima inteligencia. Niña, era bellísima, admirada y festejada por todos; mujer, fué un tesoro de perfecciones y de hermosura, revelándose en toda su magnitud lo generoso de los sentimientos y el ardiente afán de ser útil y de llevar á cabo grandes fines sociales.

Al despojarse de sus galas virginales, para vestir el traje de desposada, al unirse con el acudalado boliviano don Francisco Argandoña, tuvo el doble alborozo de ver realizados sus ensueños de amor y de mirar en lontananza el cumplimiento de sus más fervientes deseos; sus ideales tomaban forma y en breve pertenecieron al dominio público.

No hubo dificultad que no salvara para dar cima á su proyecto.

No hubo inconvenientes ni escabrosidades en su camino.

Las asperezas huían delante de ella. Nada escaseó para que el hermoso proyecto obtuviera completo éxito, secundada en todo por el hombre de gran corazón que le había dado su nombre y que compartía con ella el ardiente entusiasmo en favor de sus creaciones.

Debemos consignar que la fundadora de «Santa Clotilde» es tan bondadosa como modesta, tan gallarda como tierna y dulce.

Su vida es un hermoso libro abierto, exento de sombras, diáfano como un espejo en el que se reflejan la grandeza de su alma y la pureza de su corazón.

Ha viajado mucho, acompañando á su marido, que es á su vez una notable individualidad boliviana.

Ambos han sembrado por todas partes beneficios sin cuento; ambos han recogido bendiciones de la anciana desvalida ó de la huérfana menesterosa.

Ha recorrido Europa y varios puntos de América sin descuidar ni por un instante la más ardiente de sus aspiraciones; prodigar el bien y grabarlo en monumentos inmortales.

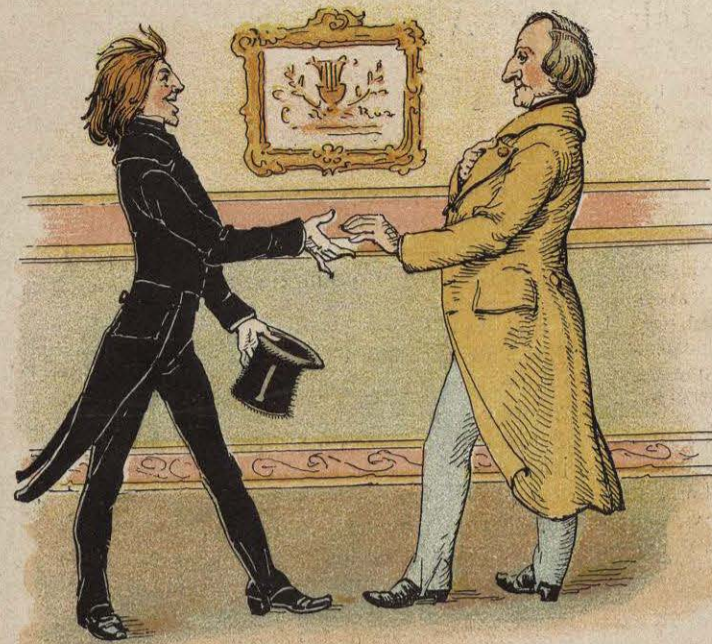
**

Hemos trazado á grandes rasgos el perfil divino de una mujer que rinde homenaje á la más egregia y digna misión y legará á las edades venideras un nombre envuelto en las bendiciones de la Humanidad.

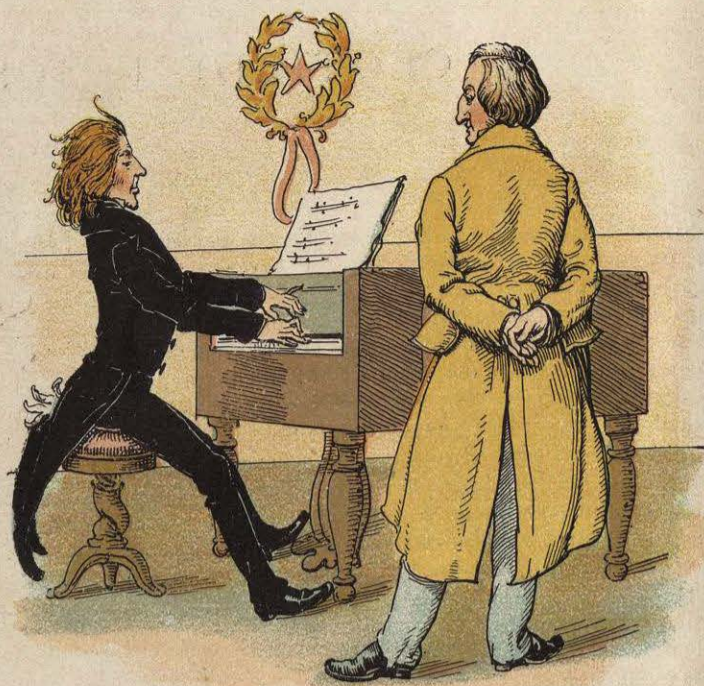
El perfil moral, se entiende. Nada ó muy poco hemos dicho acerca de sus condiciones físicas, que sobradamente pueden apreciarse en el retrato que acompañamos, porque esta sección no se ha creado para ponderar bellezas, sino para tributar público elogio á espirituales merecimientos.

LA BARONESA DE WILSON





1. — En una cordial visita de un pianista famoso á su íntimo amigo el inmortal Rossini,



2. — invitóle éste á que ejecutara una difícil pieza que acaba de componer; lo que el concertista verificó magistralmente,



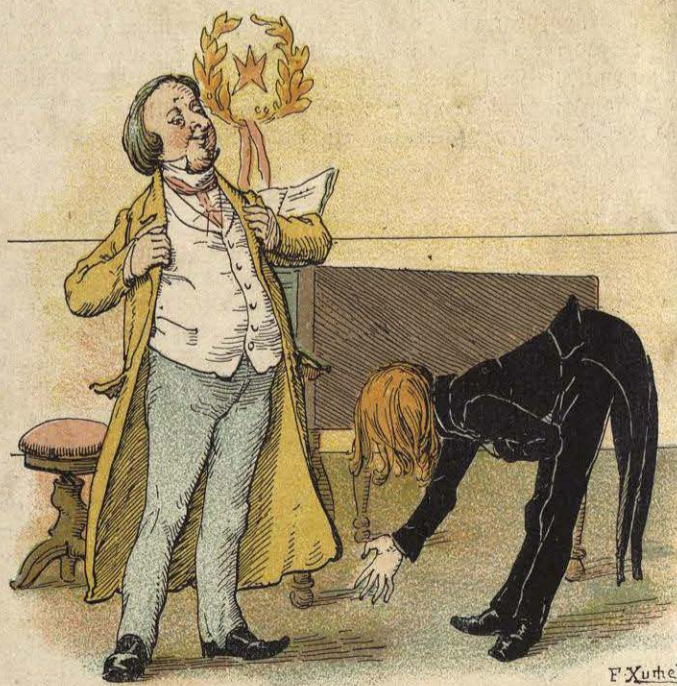
3. — hasta que, á lo mejor, mientras sus manos sostenían briosamente un difícilísimo trémulo, la partitura marcaba unas notas imposibles de ejecutar, ante cuyo obstáculo se paró en seco.



4. — Sonrióse Rossini y á su vez púsose á tocar dicha pieza, escuchándole religiosamente su amigo, que deseaba ver cómo se las componería el célebre maestro para salvar aquel escollo, insuperable á su juicio.



5. — Y el maestro lo salvó con la mayor facilidad; empleando en el momento oportuno, á falta de una tercera mano, su portentosa nariz, para arrancar al instrumento aquellas notas ante las cuales había fracasado la portentosa ejecución del pianista,



6. — quien, confuso y admirado se deshizo en elogios y cumplimientos, reconociendo que su ingenioso amigo, además de eminente músico, era seguramente el hombre de más privilegiada nariz.

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

No es posible separar el nombre de Alvarez, del recuerdo de Gerona. El heroico general y la indomable ciudad, son el brazo y el corazón de un solo individuo, formando un todo admirable, grandioso, inmortal.

Don Mariano Alvarez de Castro había nacido en Granada, el año 1749, si bien descendía de una ilustre familia de Castilla la Vieja, avencindada en el Burgo de Osma. Aunque de compleción débil y enfermiza, ingresó, en clase de cadete, en los Reales Guardias de Infantería Española (1768). Asistió, como alférez, á la desgraciada empresa de recobrar á Gibraltar, negándose á retirarse de su puesto de honor, á pesar de la triste noticia del fallecimiento de su querida madre. Asistió luego á la guerra en Portugal, siendo nombrado gobernador de Porta-alegre; y al firmarse la paz entró de profesor en la Academia fundada en Madrid por su coronel el Duque de Osuna.

Como capitán tomó parte en la guerra con Francia: en el ataque de River-saltes; se apoderó de un cañón, en el de Bulon, con sólo una compañía; rechazó á la bayoneta una columna de 600 hombres; y en el sitio y rendición de Colliure permaneció tres meses á tiro del cañón enemigo, recibiendo una grave herida.

Coronel en 1794 y brigadier en 1795, era don Mariano Alvarez gobernador del castillo de Montjuich de Barcelona, el memorable año de 1808. El general Duchesne, que al frente de un ejército francés se había introducido en Cataluña, á pretexto de marchar contra Portugal, logró del débil Conde de Expeleta, capitán general del Principado, que sus soldados se introdujesen en la Ciudadela, y otro tanto intentó hacer con Montjuich; pero Alvarez, cuando vió avanzar los soldados imperiales, mandó levantar el puente y preparar los cañones. La insidia triunfó del patriotismo, y Duchesne logró de Expeleta la orden de entrega. Alvarez obedeció, pero desde aquel instante juró odio eterno á los pérfidos invasores de su patria.

Encargado por la Junta de Cataluña del mando de la división de vanguardia, que debía operar en el Ampurdán, en el mes de Febrero de 1809 fué nombrado gobernador de la plaza de Gerona, en cuya defensa debía inmortalizar su nombre; ascendiendo en Abril á mariscal de campo.

El día 6 de Mayo, después de haber acopiado todos los medios de resistencia que le fué posible, publicó su célebre Bando, sentenciando á la pena de muerte á cualquier persona, fuera de la clase que fuese, que hablara de rendirse ó de capitular.

Sitiada, por completo, Gerona, dió principio aquella lucha terrible que apenas tiene igual en la historia. El 12 de Junio el general Verdier, que mandaba el ejército sitiador, le envió un parlamentario intimándole la rendición, y el general Alvarez le contestó: «Que no se molestase en enviarle más parlamentarios, porque los recibiría á metrallazos.»

Entonces aumentó aquel horroroso bombardeo que nos hizo perder las principales defensas, cayendo sobre la ciudad, el día 24, más de 5,000 bombas, que destruyeron infinidad de casas.

Perdido el castillo de Montjuich, después de una enérgica defensa, la Junta de Cataluña pidió á la Junta Central que acudiese en socorro de Gerona, cuyos muros, abiertos por mil partes, habían sido reemplazados por los incomparables corazones de sus defensores.

El 19 de Septiembre, el llamado gran día de Gerona, es una página que espanta y admira. Los imperiales deciden el asalto, apoyados por 130 piezas de su artillería. La plaza enarbola bandera negra. Soldados y paisanos corren á sus puestos. Alvarez, sereno, impasible, recorre las líneas, dicta, ordena, arenga, manda, pelea, y después de tres horas de horrorosa lucha, el general francés Verdier ordena la suspensión del combate, dejando al tiempo, á las calenturas y al hambre la rendición de Gerona. En el mes de Noviembre ya no



quedaba en la ciudad edificio habitable, ni lugar seguro, ni otro alimento que los pocos y escuálidos animales, que habían podido salvarle de tanto estrago, y aún éstos se vendían á un precio fabuloso.

Victima de una fiebre aguda don Mariano Alvarez; levantadas nuevas baterías por los imperiales y fracasado el proyecto de la Junta magna celebrada en Manresa, para salvar á Gerona, el teniente-rey don Julián Bolívar, que asumió el mando de la plaza, convocó á una Junta en la que fué acordada la capitulación, el aciago 10 de Diciembre, bajo las siguientes condiciones: «Salida de la guarnición con todos los honores de la guerra, marchando prisionera á Francia: respeto á los habitantes, y á la religión.»

Al entrar los imperiales en la ciudad quedaron asombrados, confesando no haber visto nada igual. Con efecto, su famoso Carnot había escrito que una plaza sólo puede defenderse cuarenta días, y Gerona se defendió ¡cinco veces, cuarenta días! y aún así no la rindió el valor enemigo, sino el hambre, la falta de municiones y la dolencia de Alvarez, de aquel hombre de hierro que al preguntarle un jefe dónde se retiraba si era vencido, contestaba imperturbable: *al cementerio*; que al saber que uno de los defensores se había fugado, exclamaba: *Mejor, los cobardes sólo sirven de estorbo*; que para quitar á los defensores toda esperanza de salvarse huyendo, ordenaba hacer fuego sobre aquel que retrocediera; que lo mismo empuñó un fusil, que disparó un cañón, que curó á los heridos, soportando las fatigas y miserias como el último soldado, y entregó, para la defensa de la plaza, cuanto poseía.

Faltándole únicamente á la capitulación, el general Alvarez, que había pedido ir á curarse á un pueblo de la marina, fué enviado á Francia, encerrado en Perpignan en el *Castillet*, en un aposento obscuro; luego á Sitgan; después á Narbona; más tarde á Embrum y, por último, al castillo de Figueras, á un

inmundo calabozo donde falleció en el día 22 de Enero de 1810. La presentación de su cadáver al pueblo de Figueras, es el asunto del interesante cuadro de nuestro distinguido colaborador señor Muñoz Lucena que, en la Exposición de Pinturas de 1887, obtuvo uno de los primeros premios, y que hoy reproduce gustosísimo ALBUM SALÓN.

Según noticias, adquiridas después de su muerte, la mañana del 22 fué llamado al castillo el fraile franciscano Roviralta para confesar al general Alvarez que debía morir en breve. (2) La tradición asegura que murió sometido al cruel suplicio de privarle del sueño; y no faltan historiadores que afirmen murió envenenado.

La Junta Central le elevó á teniente general, antes de la caída de Gerona, y las Cortes de Cádiz á capitán general, ordenando que su nombre se grabase en letras de oro en el Salón de Sesiones, junto á los de Daoiz y Velarde, y otorgando á sus descendientes el título de marqueses de Gerona.

El ilustre Castaños al visitar su calabozo en 1815, le transformó en un glorioso monumento, aislando la estancia por medio de una verja, y colocando en una de las paredes una lápida con esta inscripción: «Murió envenenado en esta estancia al 22 de Enero de 1810, víctima de la iniquidad del tirano de Francia, el Gobernador de Gerona don Mariano Alvarez de Castro, cuyos heroicos hechos vivirán eternamente en la memoria de los buenos.» El año 1823, los soldados de Angulema destruyeron la lápida, que fué renovada á su partida. ¿Se concibe acción más villana?

Gerona guarda con piadosa solicitud sus restos, en la Colegiata de San Flix, y hace pocos años ha levantado á su memoria un hermoso monumento, obra del reputado escultor Parera.

E. RODRIGUEZ-SOLÍS